

Crítica/TEATRO

La Nación - 13-10-1993

RCE-9268

¡Palabras! ¡Palabras?

El vicio absurdo

De Roberto Baeza, basado en textos de Virginia Woolf
 Con Claudia di Girólamo
 Director: Rodrigo Pérez
 Vestuario: Pablo Núñez
 Espacio escénico: Nury González
 Sala Cuatro

Hans Ehrmann

Ha sucedido con muchos escritores, incluyendo Shakespeare, que una vez muertos, su reputación queda sometida a sucesivos vaivenes, como una montaña rusa cualquiera. Virginia Woolf (1882-1941) no es una excepción de nuestra época. Ahora también llegó al teatro y, en un futuro cercano, será exhibida la película *Orlando*, basada en una de sus obras.

Sus novelas son una clara reacción contra el naturalismo en la narrativa inglesa del tiempo en que vivió (Bennett, Galsworthy) y, muchas veces asociadas con las de Joyce y de la casi olvidada Dorothy Richardson, forman parte de una escritura que han denominado "corriente de la conciencia".

Los personajes de Virginia Woolf tienden a ser sólo uno: fragmentos de su yo y formas de sus propios monólogos interiores. No sorprende entonces que Roberto Baeza haya elaborado un texto que adopte una forma análoga que le permite recrear aspectos de



Claudia di Girólamo está notablemente concentrada en su papel, efectuando un trabajo de considerable calidad.

la atormentada existencia de la escritora, recurriendo a su propio lenguaje.

Pero la literatura es literatura, el teatro es teatro y allí surge el problema. Sólo media un pequeñísimo trecho para que la poesía de la palabra escrita, resuene sobre el escenario como un artificio

literatoso y aún no llegando a ese extremo, las palabras quedan flotando en el aire sin que, en su conjunto, logren una síntesis.

La interpretación de Claudia di Girólamo es de una concentración notable y de considerable calidad, pero, con todo, no surge un

personaje cuyas palabras hagan creer en un ser humano específico y su postrer suicidio. La tensión constante bien puede anularse a sí misma y posiblemente ganaría con más matices y contrastes en el texto y la dirección.

Esta experiencia como

asimismo *El duelo*, montaje anterior de Rodrigo Pérez, es una forma de antiteatro, diagonalmente opuesta a la labor de conjuntos como el Teatro del Silencio o La Troppa donde son generadas imágenes y sensaciones, mientras la palabra queda almacenada en la bodega. Es

una búsqueda legítima que puede tener sus partidarios, pero también puede sustentarse el punto de vista opuesto y tacharla de preciosista y, en cuanto al rescate de la palabra para el teatro, su aporte bien podría ser contraproducente. Una suerte de "no me ayude, compadre".